

¿Qué es eso maloliente?

por Aaron Bruder-Lehrling

Son muchos los pequeños que viven cerca de Plaza Cruz y de todos, Izahel es uno de los que disfruta caminar y ver las hojas de los árboles y arbustos que han caído en el gélido otoño de la ciudad de Concepción. Hay muchas de ellas cada mañana, sobre todo en esta época del año y aunque es de los barrenderos la misión de cada día juntarlas y mantener despejado y limpio toda el área de paseo, el viento de medio día sacude la inmensidad de la alameda la que colorea con hermosos tonos amarillos y anaranjados las veredas y pastizales.

Como ya es costumbre, Izahel junto a sus padres recoge aquellas hojas con las formas más variadas y con los colores más diversos. ¡Que emoción es ver como las cosas más sencillas puede hacer feliz una personita tan pequeña! Cada hoja parece ser un logro fascinante que manifiesta y comparte con emoción. Así, hoja tras hoja, paso a paso, llega a la zona de juegos, el área para que los niños como Izahel tengan su espacio con más resguardo con resbalines, columpios y balancines.

Mientras se divierte, salta y corre, suele distraerse y con mucha frecuencia, por algo en el piso.

-¡Oh! - exclama señalando al piso, muy cerca de donde llegó a parar luego de salir del resbalin.

¿Serán más hojas? No, no lo son esta vez. Sus hojas se las regalo a su padres.

“¿Qué es eso?” quizás se pregunta mientras se acerca y lo toma, porque el impulso de conocer, aprender y experimentar está a flor de piel.

Lo observa. Es pequeño y parece de papel. Está aplastado y algo negro en su punta y que además huele mal.

-“¿Qué es esto?” - de forma inentendible parece preguntar a sus casi 2 años mientras que con la mirada indaga una respuesta.

- Es basura – le responden.

Asiente y trata de repetir. Así busca y rebusca eso de color verde, metálico un tanto redondo y con una especie de boca que devora lo que uno le dé. Los adultos lo llaman “basurero”.

-“Allí está” - expresa cuando lo divisa.

De camino a su destino, el basurero, encuentra más de estas cosas malolientes. Las recoge una a una y así va completando a su cargamento.

Una vez a mano llena y ya en el basurero, le da de comer a este animal metálico. Para su sorpresa no fue el único que lo hacía, porque sus padres también le dieron unas latas vacías y unos envases blancos.

- ¡Ya! – exclama para luego quedar mirando el basurero como pensando “Ojalá quede llenito con la comida”.

El juego continúa y hay que aprovechar la tarde, así que mientras regresa al resbalín a jugar antes de que se oscurezca, se gira, observa a al basurero y piensa:

“Pobre, tiene su comida tan cerca de él, pero sin piernas ni brazos es imposible que pueda hacerlo solo ¿Por qué le dejan todo tan lejos y a la vez tan cerca y no le ayudan un poquito más?”.